

Historia de trenes

Virginia LLERA RIVERA

Tomás jugaba con el lapicero entre sus dedos. Le daba vueltas y giros, y lo hacía rodar sobre el papel en blanco. Describía circunferencias hacia un sentido y hacia el otro. Lo chupaba y mordisqueaba, lo sostenía entre los dientes y en algún momento incluso se lo metía por la nariz o las orejas. Estuvo peleándose con él casi una hora, intentando que le saliesen las palabras para la redacción de las vacaciones de Navidad que tenía que escribir para el colegio.

Al final optó por ponerse a dibujar. Bajo la mínima vigilancia de su madre perfiló el contorno de un dinosaurio no clasificado abriéndose paso por la jungla en el periodo jurásico. Al menos así lo veía Tomás. Un pequeño dinosaurio perdido ante la grandeza de los árboles prehistóricos que medían hasta cientos de metros sobre el suelo y hacían de la jungla un infierno por el que desfilar.

Cuando acabó de rellenar de color morado el citado dinosaurio, oyó la voz de su madre que lo llamaba para cenar. Había depositado la suficiente confianza en su hijo para que éste hiciera solo sus deberes, pero Tomás veía como un imposible poder redactar algo bello de aquellas Navidades. Optó por olvidar la historia para diluirse entre sus seres de fantasía, colores imposibles e inmensidades naturales que sobrepasan las capacidades imaginativas humanas. Dejó sus colores Alpino sobre el dibujo y apagó el flexo para ir a cenar.

Hacía menos de un mes que había recibido la última postal de su padre desde su partida. Una fotografía aérea de Buenos Aires le hacía presentir que se encontraba lejos, aunque Tomás no supiese su localización geográfica. Unas pocas palabras vacías de contenido le decían que se encontraba bien y que le echaba de menos. Siempre una firma rápida y un beso de adiós era lo que recibía desde que su madre y él se habían separado. Ni una llamada, ni una carta, ni regalo por su cumpleaños. Puntualmente llegaban las postales desde distintos puntos del mundo asegurando que seguía vivo. Era lo único que podía animar a Tomás ahora que se había quedado sin padre.

Las razones, las desconocía. Un día llegó del colegio y fue suficiente con ver los ojos enrojecidos de su madre para saber que algo iba mal. El abrazo de su abuelo fue lo único que pudo reconfortarle aquel día. Después de tres años, aún sentía su pequeño cuerpo siendo sostenido mientras miles de lágrimas empapaban su babi azul.

Su madre apenas pudo explicarle la situación a Tomás, no sabía. Sólo tenía siete años entonces y ahora con diez empezaba a recordar. Su abuelo Luis se hizo entonces cargo del niño.

Era viudo desde hacía nueve años y nunca le gustó vivir solo. Pasaba temporadas en casa de cada uno de sus tres hijos y cuando ocurrió lo de los padres de Tomás supo qué sitio le correspondía ahora. Su hija estaba débil, tanto física como espiritualmente, para afrontar la realidad que ahora se asomaba: el futuro incierto de una ama de casa con un hijo pequeño que sólo tenía el sueldo de su marido para sobrevivir. Sin él, debía empezar de cero. El niño era una carga más y su padre decidió intervenir para ayudarla en lo que necesitara.

Tomás se convirtió en el proyecto de su abuelo y puso todas sus esperanzas en convertirlo en un gran hombre para el día de mañana. La vida sería la lección principal. El aprendizaje vendría en forma de viajes, de paseos y lecturas, en diálogos y discusiones, en meriendas al aire libre y visitas culturales. El plan del abuelo Luis no podía fallar.

Ahora, Tomás seguía pensando en cómo acabar el dibujo de su dinosaurio morado rodeado de maleza mientras daba vueltas a la sopa de fideos que le había servido su madre para cenar. Ya no se encontraba letras, ni pitufos ni lacitos en sus sopas desde que se había ido su padre y habían tenido que recortar presupuestos. Los fideos eran mucho más aburridos. Si él tuviese que diseñar pasta para sopas, haría dinosaurios y superhéroes y si la empresa le dejase, locomotoras y vagones, así podría unirlos en su plato y construir el tres más largo del mundo que le llevase hasta Buenos Aires, Berlín o dondequiera que estuviese su padre.

Con sólo siete añitos, Tomás inventaba historietas con las sopas y jugaba con el abuelo a escribir palabras con las letras. Así, escribiría simplezas mientras que su abuelo siempre construía nuevas palabras que enseñar a su nieto. ¡Nieve! cinco, decía Tomás; ¡caldera! siete, construía el abuelo. ¿Y eso que és?. Ya lo sabrás.

Ahora con los fideos no podía construir palabras ni aprender con el abuelo. Aquella noche Tomás pidió ayuda a su madre. Rara vez lo hacía, para eso estaba el abuelo. Pero se veía incapaz ahora de poder escribir la redacción de deberes. Él prefería dibujar, la ensoñación siempre se le había dado mejor que las letras y conseguir dar coherencia a lo que parecían unas Navidades desoladoras, no podía hacerlo un niño de diez años por sí solo.

Hacía tiempo, un domingo soleado de marzo, Tomás subió lentamente la persiana de su cuarto y abrió la ventana que daba al Paseo de las Delicias. Un gran bullicio de coches subía la calle hacia Atocha y ahí se quedó un rato viendo pasar el tráfico. Aunque armaban un gran escándalo, Tomás ya se había acostumbrado al ruido. Llevaba toda su corta vida allí. Una fresca brisa inundó su cuarto y ventiló sus sábanas de Spiderman. Tenía ya todo preparado para la excursión que había organizado el abuelo. Cogió la ropa de abrigo colocada cuidadosamente por su madre para que no se resfriase, y silenciosamente, Tomás se fue vistiendo. Eran tan sólo las ocho de la mañana. En la tartera encontró varios bocadillos y una pieza de fruta que, obviamente, se comería el abuelo. Ante el panorama, abrió el armario de los dulces y cogió varias magdalenas. Estaba totalmente equipado y preparado para la excursión. El abuelo salió sigilosamente de su alcoba procurando no hacer ruido para no despertar a su hija. Con un guiño de complicidad, el abuelo Luis indicó a Tomás que fuera saliendo. Cogió también su tartera, su ropa de abrigo y un libro antiguo y cerró la puerta.

Subieron el Paseo de las Delicias hasta Atocha donde en una gran glorieta se entrelazaban los automóviles regulados por semáforos. Tomás iba de la mano de su abuelo sin saber con seguridad hacia dónde lo llevaba. Intuía que hoy no iban a ver sólo los trenes partir, sino que, tal vez, su abuelo le iba a subir en uno de ellos. ¿Para qué la comida si no? Cuando Tomás se dio cuenta de esto se emocionó enormemente, pero no preguntó nada al abuelo, sólo agarró con más fuerza su mano mientras esbozaba una sonrisa de felicidad.

Hacía tiempo que Tomás no sonreía. A veces, el abuelo hacía algún chiste malo para animar la hora de comer, pero la seriedad perpetua de su madre anulaba cualquier amago de alegría.

Ahora, varios meses después del abandono de su padre, Tomás sonreía de nuevo. Llegaron al andén y se sentaron en un banco. El abuelo no dijo nada. Se dedicó a hojear el libro que había traído. Lleno de curiosidad, Tomás

estiró el cuello para alcanzar a ver lo que buscaba. Tan sólo pudo ver hojas con letra diminuta, llenas de números, tablas. Las hojas eran finas, de papel cebolla ya envejecido: las letras azules y sin dibujos, sólo mapas. No resistió más y le preguntó al abuelo. Es un horario de trenes, Tomás. Lo guardo desde que acabó la guerra. Y es que el abuelo de Tomás había sido bedel de trenes durante casi cuarenta años en la compañía de coches-cama española y había transitado por toda la geografía durante y después de la guerra civil.

Los trenes eran su mundo, su segundo hogar y refugio en noches de tiro-teo. No obstante, había estado en la cárcel de la cual había salido ileso, pero con secuelas. El vaivén del tren y las horas de insomnio habían permitido a Luis reflexionar sobre la vida y las relaciones humanas. Había devorado libros, novelas y tratados. Amasado una inmensa cultura por la disponibilidad de tiempo. Los paisajes diurnos entretenían su vista y si podía, se aparearía en cualquier pueblo de España para conocerlo. Discutiría amigablemente con pasajeros, serviría a otros arrogantes. Despierto mientras todos dormían, su mente viajaría hacia los suyos, que se encontraban lejos, y les leería cuentos antes de dormir. Pensaría en el futuro de sus hijos y ahora, en el tren en que se iba a subir, en el de Tomás.

Los trenes ahora dejan menos tiempo para pensar porque van más rápido, pero los trenes del abuelo Luis funcionaban con carbón y atrevesar la península llevaba más de un día. El trayecto de hoy era corto, pero sacaría a Tomás de su rutina y lo llevaría hasta Sepúlveda, donde los álamos en otoño pintan de amarillo los parajes. Ahora, en primavera, la fauna y flora recupera su vida y empieza un nuevo ciclo. Nada mejor para que Tomás empezase a aprender del abuelo a ser un hombre. De los que sobreviven.

Tomás podía escuchar al abuelo horas enteras. Sus eternos monólogos le dejaban atónito y cantidad de historietas llenarían tardes frías de invierno. En esta ocasión, el abuelo haría memoria de todas las anécdotas que le habían sucedido en este trayecto años atrás: de cómo servía la sopa en movimiento, de las costumbres y vestuario de la época, de que no había televisión en los trenes y de cómo compraría tabaco de contrabando a los franceses que cruzaban la frontera.

Aquel día fue Sepúlveda, pero siguieron Toledo, Segovia, Guadalajara, Almagro, Cuenca e incluso Navarra, que fue donde más lejos llegaron. Durante dichos trayectos, el abuelo Luis hablaría mucho con Tomás, le contaría del pasado, de su abuela, de su madre de pequeña. Un sabio de la vida estaba

frente a Tomás dispuesto a enseñarle el camino correcto a seguir, los valores y los pequeños detalles que hacen de la existencia un hecho maravilloso. Tomás cada día aprendía algo nuevo, olvidaba lo amargo e intentaba comprender el comportamiento de sus seres queridos. El abuelo le leería los cuentos que nunca pudo leer a sus hijos y ayudaría a Tomás con sus deberes escolares.

Ahora que no estaba el abuelo, Tomás se veía ante la incertidumbre de tener que pedir ayuda a su madre para hacer la redacción. El abuelo se había quedado a medias de las lecciones y se encontraba indefenso. La protección del abuelo mientras su madre se recomponía había cesado y necesitaba que se recuperase para seguir las enseñanzas. Sabía que su madre no estaba todavía bien. Aún le dolía la marcha del padre de Tomás y a ello se sumaba la repentina pérdida del abuelo. *Ahora no, quizás mañana. Me duele la cabeza.*

Ante semejante respuesta Tomás sintió un nudo en la garganta. Se hizo tan agudo que no pudo decir nada. Sabía que su madre no se había recuperado y que no podría atenderle como él necesitaba. Había llegado la hora que tantas veces había manifestado el abuelo: tenía que hacerse ya un hombre. Ahora era el *hombre de la casa*. Su instinto le decía que pronto tendría que ser él quien cuidase de su madre y por tanto tenía que crecer rápido. Físicamente parecía imposible desafiar a las fuerzas de la naturaleza por mucho calcio que tomase, pero tenía que crecer mentalmente, volver a las enseñanzas sabias del abuelo para salir adelante como un campeón. Respiró hondo: *Mamá, no quiero postre. No te preocupes. ¿Me puedo ir al cuarto?. Claro, hijo.*

Cerró la puerta tras de sí y se deslizó hasta caer al suelo. Un llanto apagado llenó la estancia. Comenzó a jadear y llorar en silencio. Las lágrimas no salían al exterior sino que le inundaban por dentro. De pronto la realidad se hizo tan grande que todo su peso cayó sobre el cuerpo pequeño de Tomás.

Este verano el abuelo Luis había llevado a Tomás a su santuario: el Museo del Ferrocarril. Ahora tenía ya diez años y podía comprender con más facilidad el funcionamiento de la maquinaria, cosa que con siete años habría sido una hazaña. Recorrieron los distintos vagones que había expuestos sobre los raíles antiguos de la estación de las Delicias entrando en los que estaban abiertos al público. El abuelo, por supuesto, volvió a rememorar alguna batallita de las suyas y así amenizar más la visita. Alguno de los vagones exponía, incluso, las vajillas que habían utilizado antaño, de plata pura y fina porcelana. Los baños para la clase alta, los vagones de tercera. Los primeros

Talgos. Disfrutaba más el abuelo Luís que Tomás. Podía imaginar a los viajeros circulando por los vagones. El coche restaurante, donde debía servir cuidadosamente las comidas para que no se derramasen encima de los clientes. Incluso se acordó de la vez que subió al tren Henri Charrière, más conocido como Papillón, y pudo servirle en persona. El poco francés que chapurreaba le sirvió para mantener una corta charla que nunca se le olvidaría, debido a su afinidad con la prisión.

Apeado ya del vagón, el abuelo Luis seguía viendo desfilar a los pasajeros, oía el silbido de las calderas y los silbatos que anunciaban la salida del tren. Ante semejante sinfonía de sonidos y masa de gente, el abuelo Luis quedó en un revuelo y perdió de vista a Tomás. El tren iba a partir y debía subir rápido a ocupar su lugar. La estación se llenó de vapores y comenzaron a chirriar los pistones. Luís saltó al tren y éste partió al son del peculiar silbato.

Ante sus propios ojos, el abuelo Luís cayó a los pies de Tomás. Sobre el fino rostro arrugado, la curva de una frágil sonrisa de quien ha vivido.

Una lágrima de Tomás cayó sobre el dibujo del dinosaurio morado al recordar aquel momento. Enseguida, le invadió el sueño.

Aquella mañana madrugó, y como había hecho anteriormente con su abuelo salió sigilosamente de su casa evitando cualquier ruido que pudiera despertar a su madre. Se abrió bien, cogió unas monedas y cerró con cuidado la puerta. Caminó unos pocos metros hasta el Museo del Ferrocarril. Pagó la entrada no sin la sospecha de la cajera al verle solo, pero Tomás se las ideó para salir del paso.

En diciembre el museo presentaba un aspecto desolador y las máquinas parecían más frías y viejas que de costumbre. Bajo la atenta mirada del guarda de seguridad, Tomás se paseó entre los vagones de primera y tercera clase y los primeros Talgos. En su cabeza resonaba aún el eco de las palabras de su abuelo que parecían tan recientes como si las hubiera escuchado ayer. Sin haberse dado cuenta, Tomás había asimilado casi por completo las lecciones del abuelo Luís que ahora parecían ir cobrando sentido. Tomás se daba cuenta que tendría que echar mano de ellas tarde o temprano ya que tenía que convertirse en el hombre de la casa. Se deslizó por las escalerillas que llevaban hacia el vagón expuesto de la compañía de coches-cama. Su abuelo se lo había enseñado con gran afán, claro está. Se sentó en uno de los asientos y se quedó muy quieto. Cerró los ojos y volvió a escuchar la voz de su abuelo.

Abrió los ojos lentamente. En el asiento de enfrente vio a alguien de espaldas. No le había oído entrar. Al principio se asustó. Era un hombre mayor, de pelo cano y constitución fuerte. Se giró hacia Tomás y le miró con fijeza. Era el abuelo Luis.

Le saludó calurosamente y le invitó a sentarse a su lado. Tomás se fundía en un mar de dudas. Recordaba claramente cómo hacía dos semanas, casi, la ambulancia se había llevado al hospital y había fallecido de parada cardíaca a las dos horas. Su abuelo ciertamente, estaba muerto. Aún no se hacía idea de adónde iría después, pero ahora estaba seguro de que el hombre que estaba a su lado era su abuelo.

Hablaron pocos minutos. El abuelo Luis quería asegurarse de que Tomás había tomado nota de sus enseñanzas. No le había dado tiempo a acabar todas las lecciones, así que había dejado para Tomás un diario en uno de los cajones de su armario para que lo fuera leyendo poco a poco a medida que fuera creciendo. *Algún día tenías que hacerte mayor, Tomás. Lo sé abuelo, pero no quería que fuera tan pronto. Te echamos de menos. Yo también a vosotros. Cuídate y cuida a tu madre, que te necesita más que nunca. Jamás te olvidaré abuelo.* Le dio un beso y se fue hacia su casa.

Su madre estaba llorando cuando llegó y temblando. Abrazó a Tomás con todas sus fuerzas, creía que le había perdido. Había entrado en su habitación y estaba vacía. *Ahora que ya no está el abuelo yo cuidaré de tí, mamá. No te preocupes, ya sé cómo hacerlo.* Besó a su madre que se quedó asombrada y fue a buscar el diario del abuelo. Encontró una carta escrita a su nombre con una posdata: *recuerda que siempre estaré a tu lado para lo que me necesites. En cada tren que cojas allí estaré yo. No te olvides. Te quiere tu abuelo: Luis.*

Ahora, veinte años más tarde puedo redactar lo que nunca pude entregar en el colegio: las Navidades sin mi abuelo. Acordarme del vacío que se me creó cuando desapareció. Sus enseñanzas consiguieron sobrevivirle y hoy reúno las fuerzas suficientes para contar su historia y cómo consiguió convertirme, sin estar a mi lado, en la persona que ahora soy. Gracias por todo abuelo, nunca te olvidaré. Te quiere siempre, tu nieto: Tomás.